Introducción a la semana

Seguimos encontrando esta semana referencias a varios aspectos característicos de la Cuaresma, y advertimos algún otro menos frecuente, aunque no menos central. Hay una presentación muy elocuente de la intervención de Dios en favor de los que son injustamente tratados y que sólo pueden esperar de él su defensa (es el caso de Susana, en el libro de Daniel, o de la adúltera, en el evangelio de Juan). El Señor desenmascara la hipocresía de los que acusan a otros, sin ver ellos sus propias miserias necesitadas de curación y sin hacer caso de la palabra que les llama a la conversión.

Nuevamente aparece también en lontananza el destino trágico de Jesús. “Mis amigos acechan mi traspiés”; “os conviene que uno muera por el pueblo”; sólo “cuando levantéis al Hijo del hombre sabréis que yo soy”. La identidad de Jesús sólo será reconocida cuando haya muerto (y resucitado, naturalmente), lo mismo que su entrega en beneficio del pueblo. Y lo reconocerán sólo los que tengan fe. Esta ha sido siempre y sigue siendo la clave para descubrir y aceptar la personalidad de Jesucristo y su misión en la historia del mundo.

Sólo en esa actitud de fe se puede descifrar también otra realidad muy profunda, que atraviesa todo el evangelio de Juan, el único que leemos esta semana. Se trata de la intimidad misteriosa que manifiesta Jesús con el Padre. Él vive en la órbita de Dios, sólo él conoce a Dios, lo ha aprendido todo de Dios, no habla sino de lo que ha visto junto a Dios, su obrar es el obrar mismo de Dios; él es, en una palabra, el Hijo único de Dios. Pero eso, ¿quién lo puede saber? Solamente aquellos que han heredado –y cultivado después- la fe de Abrahán. Éste es, como insinúa Jesús, nuestro verdadero padre en la fe, y sólo pueden llamarse hijos suyos aquellos que viven de fe. Por eso él censuró a los judíos incrédulos que se proclamaran hijos de Abrahán. No es la pertenencia a una estirpe de creyentes la que nos permite entrar en el misterio de Dios, sino la confesión y la vivencia personal de esa fe, en respuesta a la revelación de Jesús.

Lun
14
Mar
2016

Evangelio del día

Quinta semana de Cuaresma

“ Inocente soy de esta sangre”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 13, 1-9. 15-17. 19-30. 33-62

En aquellos días, vivía en Babilonia un hombre llamado Joaquín, casado con Susana, hija de Jelcías, mujer muy bella y temerosa del Señor.

Sus padres eran justos y habían educado a su hija según la ley de Moisés. Joaquín era muy rico y tenía un jardín junto a su casa; y como era el más respetado de todos, los judíos solían reunirse allí.

Aquel año fueron designados jueces dos ancianos del pueblo, de esos que el Señor denuncia diciendo:
«En Babilonia la maldad ha brotado de los viejos jueces, que pasan por guías del pueblo».

Solían ir a casa de Joaquín, y los que tenían pleitos que resolver acudían a ellos.

A mediodía, cuando la gente se marchaba, Susana salía a pasear por el jardín de su marido. Los dos ancianos la veían a diario, cuando salía a pasear, y sintieron deseos de ella.

Pervirtieron sus pensamientos y desviaron los ojos para no mirar al cielo, ni acordarse de sus justas leyes.

Sucedió que, mientras aguardaban ellos el día conveniente, salió ella como los tres días anteriores sola con dos criadas, y tuvo ganas de bañarse en el jardín, porque hacía mucho calor. No había allí nadie, excepto los dos ancianos escondidos y acechándola.

Susana dijo a las criadas:
«Traedme el perfume y las cremas y cerrad la puerta del jardín mientras me baño».

Apenas salieron las criadas, se levantaron los dos ancianos, corrieron hacia ella y le dijeron:
«Las puertas del jardín están cerradas, nadie nos ve, y nosotros sentimos deseos de ti; así que consiente y acuéstate con nosotros. Si no, daremos testimonio contra ti diciendo que un joven estaba contigo y que por eso habías despachado a las criadas».

Susana lanzó un gemido y dijo:
«No tengo salida: si hago eso, mereceré la muerte; si no lo hago, no escaparé de vuestras manos. Pero prefiero no hacerlo y caer en vuestras manos antes que pecar delante del Señor».

Susana se puso a gritar, y los dos ancianos, por su parte, se pusieron también a gritar contra ella. Uno de ellos fue corriendo y abrió la puerta del jardín.

Al oír los gritos en el jardín, la servidumbre vino corriendo por la puerta lateral a ver qué le había pasado. Cuando los ancianos contaron su historia, los criados quedaron abochornados, porque Susana nunca había dado que hablar.

Al día siguiente, cuando la gente vino a casa de Joaquín, su marido, vinieron también los dos ancianos con el propósito criminal de hacer morir a Susana. En presencia del pueblo ordenaron:
«Id a buscar a Susana, hija de Jelcías, mujer de Joaquín».

Fueron a buscarla, y vino ella con sus padres, hijos y parientes.

Toda su familia y cuantos la veían lloraban.

Entonces los dos ancianos se levantaron en medio de la asamblea y pusieron las manos sobre la cabeza de Susana.

Ella, llorando, levantó la vista al cielo, porque su corazón confiaba en el Señor.

Los ancianos declararon:
«Mientras paseábamos nosotros solos por el jardín, salió esta con dos criadas, cerró la puerta del jardín y despidió a las criadas. Entonces se le acercó un joven que estaba escondido y se acostó con ella.

Nosotros estábamos en un rincón del jardín y, al ver aquella maldad, corrimos hacia ellos. Los vimos abrazados, pero no pudimos sujetar al joven, porque era más fuerte que nosotros, y, abriendo la puerta, salió corriendo.

En cambio, a esta le echamos mano y le preguntamos quién era el joven, pero no quiso decírnoslo. Damos testimonio de ello».

Como eran ancianos del pueblo y jueces, la asamblea los creyó y la condenó a muerte.

Susana dijo gritando:
«Dios eterno, que ves lo escondido, que lo sabes todo antes de que suceda, tú sabes que han dado falso testimonio contra mí, y ahora tengo que morir, siendo inocente de lo que su maldad ha inventado contra mí».

Y el Señor escuchó su voz.

Mientras la llevaban para ejecutarla, Dios suscitó el espíritu santo en un muchacho llamado Daniel; y este dio una gran voz:
«Yo soy inocente de la sangre de esta».

Toda la gente se volvió a mirarlo, y le preguntaron:
«Qué es lo que estás diciendo?».

Él, plantado en medio de ellos, les contestó:
«Pero ¿estáis locos, hijos de Israel? ¿Conque, sin discutir la causa ni conocer la verdad condenáis a una hija de Israel? Volved al tribunal, porque esos han dado falso testimonio contra ella».

La gente volvió a toda prisa, y los ancianos le dijeron:
«Ven, siéntate con nosotros e infórmanos, porque Dios mismo te ha dado la ancianidad».

Daniel les dijo:
«Separadlos lejos uno del otro, que los voy a interrogar».

Cuando estuvieron separados el uno del otro, él llamó a uno de ellos y le dijo:
«¡Envejecido en días y en crímenes! Ahora vuelven tus pecados pasados, cuando dabas sentencias injustas condenando inocentes y absolviendo culpables, contra el mandato del Señor: “No matarás al inocente ni al justo”. Ahora, puesto que tú la viste, dime debajo de qué árbol los viste abrazados».

Él contestó:
«Debajo de una acacia».

Respondió Daniel:
«Tu calumnia se vuelve contra ti. Un ángel de Dios ha recibido ya la sentencia divina y te va a partir por medio».

Lo apartó, mandó traer al otro y le dijo:
«Hijo de Canaán, y no de Judá! La belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. Lo mismo hacíais con las mujeres israelitas, y ellas por miedo se acostaban con vosotros; pero una mujer judía no ha tolerado vuestra maldad.
Ahora dime: ¿bajo qué árbol los sorprendiste abrazados?».

Él contestó:
«Debajo de una encina».

Replicó Daniel:
«Tu calumnia también se vuelve contra ti. el ángel de Dios aguarda con la espada para dividirte por medio. Y así acabará con vosotros».

Entonces toda la asamblea se puso a gritar bendiciendo a Dios, que salva a los que esperan en él. Se alzaron contra los dos ancianos, a quienes Daniel había dejado convictos de falso testimonio por su propia confesión, e hicieron con ellos lo mismo que ellos habían tramado contra el prójimo. Les aplicaron la ley de Moisés y los ajusticiaron.

Aquel día se salvó una vida inocente.

Salmo de hoy

Salmo 22, 1b-3a. 3bc-4. 5. 6 R/. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. R/.

Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. R/.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mí copa rebosa. R/.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 8, 1-11

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba.

Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron:
«Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?».

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo.

Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo:
«El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra».

E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos.

Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante.

Jesús se incorporó y le preguntó:
«Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?».

Ella contestó:
«Ninguno, Señor».

Jesús dijo:
«Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

Reflexión del Evangelio de hoy

En esta Semana de Dolores, previa a la Semana Santa, las lecturas de hoy ponen de manifiesto hasta qué punto «los justos» -jueces, en la lectura de Daniel y fariseos, en el evangelio de Juan- cometen injusticias y tiene que venir Dios a enmendar los desaguisados. Dos injusticias enmascaradas de falaz justicia que, de no haber sido paradas, hubieran derramado sangre.

«Se salvó una vida inocente»

Los capítulos 13 y 14 del libro de Daniel tratan de historias no unitarias que presentan a Daniel como un joven desconocido movido por el espíritu de Dios para salvar a una persona inocente (13) y un judío capaz de desenmascarar a los ídolos (14). Tales historias resaltan que Dios hace siempre justicia al inocente y que la idolatría es una burda impostura.

La leyenda popular o relato edificante de Susana fue insertado en el libro de Daniel con la clara intención de transmitir el mensaje de que «Dios hace justicia» -significado del nombre «Daniel»- pues, antes o después, el juicio justo de Dios descubre y condena la injusticia humana. En la historia de Susana, cuyo nombre significa «lirio» o «azucena», puede verse una figura del pueblo de Israel por su fidelidad al marido, su belleza, su piedad y su confianza en Dios.

Susana, ante la maleficencia y maledicencia de los jueces ancianos, se confía en las manos de Dios, que guía por el sendero justo. Esta actitud no gusta a los «justos», pues pone en evidencia su hipocresía y, sirviéndose de su posición y malas artes, convencen a la asamblea para que Susana sea sentenciada a muerte. Dios grita -a través de Daniel, animado por el espíritu de santidad- tal injusticia y promueve el juicio justo y la prevalencia de la verdad; resultando, pues, inocente la culpable y culpables los jueces.

«Tampoco yo te condeno»

En el evangelio de Juan hay un caso de esclavitud a la ley. Los fariseos inclusive, más que cumplir la ley, lo que querían era quedar bien con la sociedad y, a esta inclinación de vanidad, sacrificaban el futuro de una persona humana.

Aunque aparezca en unos pocos manuscritos, este relato es canónico y por tanto inspirado. Presenta un episodio de controversia a la vez que un hecho de perdón y se parece mucho al material sinóptico, pese a que no faltan en él elementos de sabor joánico (como 8, 11; ó 5, 14: «Has quedado sano; no peques más»); es probable que haya sido incorporado aquí por su relación con la expresión de 8, 15b («Yo no juzgo a nadie»).

Se buscan motivos de acusación hacia Jesús y la postura de éste frente a la ley podría ser razón suficiente para provocar un juicio y obtener la sentencia deseada. Sin embargo, Jesús -que no ha venido a abolir la ley, sino a darle cumplimiento- comienza a evidenciar a los fariseos todos sus pecados y aquéllos, que conocen la ley, saben también cuáles son las sentencias por aplicación de esa misma ley. De ahí la animación de Jesús a que apliquen justicia: «El que esté libre de pecado, que le tire la primera piedra».

Si en la primera lectura veíamos que se iba a derramar la sangre de la inocente Susana, una persona que no había cometido más delito que no caer en la tentación del placer lascivo que rebaja a la persona a un mero objeto de deseo, en el evangelio de Juan se presenta que hasta la persona que ha cometido un pecado es merecedora del perdón. La misericordia de Dios es más poderosa en la manifestación del perdón: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

Si nos limitamos a juzgar los hechos, podemos buscar y encontrar caminos de liberación para la persona; en caso contrario, condenamos a la persona sin procurar el cambio de la realidad. ¿Qué juzgo: los hechos o la persona?
¡Susana! ¿Quiénes son hoy? ¿Dónde están? ¿Cómo ayudarlas?
Miremos nuestras manos, ¿están libres para tenderlas en ayuda o están ocupadas por piedras?

D. Juan Jesús Pérez Marcos O.P.
Fraternidad Laical Dulce Nombre de Jesús de Jaén

Mar
15
Mar
2016

Evangelio del día

Quinta semana de Cuaresma

“Ellos le decían: ¿Quién eres tú?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Números 21, 4-9

En aquellos días, desde el monte Hor se encaminaron los hebreos hacia el mar Rojo, rodeando el territorio de Edón.
El pueblo se cansó de caminar y habló contra Dios y contra Moisés:
«¿Por qué nos has sacado de Egipto para morir en el desierto? No tenemos ni pan ni agua, y nos da náuseas ese pan sin sustancia».
El Señor envió contra el pueblo serpientes abrasadoras, que los mordían, y murieron muchos de Israel.
Entonces el pueblo acudió a Moisés, diciendo:
«Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes».
Moisés rezó al Señor por el pueblo y el Señor le respondió:
«Haz una serpiente abrasadora y colócala en un estandarte: los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla».
Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida.

Salmo de hoy

Salmo 101, 2-3. 16-18. 19-21 R/. Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti

Señor, escucha mi oración,
que mi grito llegue hasta ti;
no me escondas tu rostro
el día de la desgracia.
Inclina tu oído hacia mí;
cuando te invoco,
escúchame enseguida. R/.

Los gentiles temerán tu nombre,
los reyes del mundo, tu gloria.
Cuando el Señor reconstruya Sión
y aparezca en su gloria,
y se vuelva a las súplicas de los indefensos,
y no desprecie sus peticiones. R/.

Quede esto escrito para la generación futura,
y el pueblo que será creado alabará al Señor.
Que el Señor ha mirado desde su excelso santuario,
desde el cielo se ha fijado en la tierra,
para escuchar los gemidos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 8, 21-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:
«Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros».
Y los judíos comentaban:
«¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: “Donde yo voy no podéis venir vosotros”?».
Y él les dijo:
«Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados: pues, si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados».
Ellos le decían:
«¿Quién eres tú?».
Jesús les contestó:
«Lo que os estoy diciendo desde el principio. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me ha enviado es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él».
Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre.
Y entonces dijo Jesús:
«Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que “Yo soy”, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada».
Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

Reflexión del Evangelio de hoy

No es fácil seguir a Dios por el camino de la Vida

Un libro de texto de primero de primaria narra la historia de una reina mandona y caprichosa que quería la luna. Mandó apilar todas las cajas de madera del reino y se encaramó encima, pero no llegaba, ni siquiera con luna llena. Así que ordenó que le alcanzaran la primera caja de la pila para subirse en ella. Por supuesto, la torre entera se cayó y la reina se dio un buen batacazo. Y el libro hacía una pregunta a los niños: “¿Cómo era la reina?” La respuesta espontánea de un niño fue: “Tonta, si a la luna se va en cohete”.

A los cristianos nos pasa igual que a la reina. Queremos llegar a Dios por nuestros propios medios y no paramos de inventar una y mil formas de hacerlo. Y nos impacientamos, como les pasaba a aquellos israelitas en el desierto, hasta culpar incluso a Dios de nuestro fracaso y esfuerzo inútil. El error no es ni siquiera lo absurdo de nuestros medios tantas veces, sino que no hay que inventar nada. Porque ese anhelo de alcanzar y poseer a Dios es ridículo. Claro que nos puede el desaliento y la muerte, porque nos apartamos de la fuente de la vida.

Moisés puso en alto la serpiente de bronce y quien la miraba, salvaba la vida. La simbología de la serpiente da para muchos comentarios. Pero la tradición judía destaca cómo la serpiente curaba porque hacía levantar la vista hacia Dios. Nuestra reina no apreciaba el don de la luna cada noche, sino que quería poseerla. Nosotros queremos controlar y poseer el don de la vida, y nos impacientamos y encerramos en amargura, desencanto, cinismo, egoísmo, rencor o tristeza porque no lo logramos. Pero Dios es infinitamente paciente y siempre está ahí, esperando que nos acerquemos y levantemos a Él nuestra mirada, para darnos esa vida anhelada gratuitamente.

El camino del encuentro con la Verdad

Tan evidente como que a la luna se va en cohete es que la puerta de entrada a la vida que Dios nos ofrece es la cruz. Y no es un cuento para niños, es nuestra más profunda confesión de fe. El evangelio de Juan no se cansa de abocarnos a esa realidad. Lo que más nos atrae, desconcierta, descoloca e impacta de Jesús es su muerte. El crucificado es la imagen del fracaso evidente, la crudeza de la violencia y el sinsentido, la muerte de las expectativas y la esperanza en el mesías. Dice el teólogo dominico Albert Nolan que Jesús vuelve todo del revés: “El iba a triunfar siendo conquistado, arrestado, golpeado, humillado y clavado en una cruz como un esclavo rebelde o un criminal común”.

Jesús afirma en este pasaje evangélico: yo soy. La verdad más radical de Cristo es su entrega. “Quien guarde su vida la perderá. Quien pierda su vida la salvará”. A éste es al que seguimos. Y en esta paradoja sobre la vida y la muerte vamos forjando nuestra fe. Estamos vivos cuando estamos dispuestos a morir por los demás. Estamos vivos cuando estamos dispuestos a desprendernos de nosotros mismos y nos dejamos vivir por ese Dios que nos apasiona y su reino.

Somos hijos e hijas de la Verdad y no hay más verdad que Jesús. Queremos una vida plena y no hay más vida que Jesús. Podemos creer en mil dioses, pero el dios que nos hace suyos es el Dios de Jesús. El es el criterio, la medida y el norte de nuestra brújula. Estaremos en camino mientras nos dejemos contrastar y escuchemos esa sensación incómoda que cuestiona en conciencia la mediocridad de la entrega, la falta de generosidad, la incapacidad de perdón sincero, incluso las vanaglorias. Nada que nos avergüence ni que nos enorgullezca nos debe apartar de dar de sí lo que podamos y esperar absolutamente todo de Dios.

Hna. Águeda Mariño Rico O.P.
Congregación de Santo Domingo

Mié
16
Mar
2016

Evangelio del día

Quinta semana de Cuaresma

“La verdad os hará libres ”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 3, 14-20. 91-92. 95

En aquellos días, el rey Nabucodonosor dijo:

«¿Es cierto, Sidrac, Misac y Abdénago, que no teméis a mis dioses ni adoráis la estatua de oro que he erigido? Mirad: si al oír tocar la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los demás instrumentos, estáis dispuestos a postraros adorando la estatua que he hecho, hacedlo; pero, si no la adoráis, seréis arrojados inmediatamente al horno encendido, y ¿qué dios os librará de mis manos?».

Sidrac, Misac y Abdénago contestaron al rey Nabucodonosor:
«A eso no tenemos por qué responderte. Si nuestro Dios a quien veneramos puede librarnos del horno encendido, nos librará, oh rey, de tus manos. Y aunque no lo hiciera, que te conste, majestad, que no veneramos a tus dioses ni adoramos la estatua de oro que has erigido».

Entonces Nabucodonosor, furioso contra Sidrac, Misac y Abdénago, y con el rostro desencajado por la rabia, mandó encender el horno siete veces más fuerte que de costumbre, y ordenó a sus soldados más robustos que atasen a Sidrac, Misac y Abdénago y los echasen en el horno encendido.

Entonces el rey Nabucodonosor se alarmó, se levantó y preguntó, estupefacto, a sus consejeros:
«¿No eran tres los hombres que atamos y echamos al horno?».

Le respondieron:
«Así es, majestad».

Preguntó:
«Entonces, ¿cómo es que veo cuatro hombres, sin atar, paseando por el fuego sin sufrir daño alguno? Y el cuarto parece un ser divino».

Nabucodonosor, entonces, dijo:
«Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, que envió un ángel a salvar a sus siervos, que, confiando en él, desobedecieron el decreto real y entregaron sus cuerpos antes que venerar y adorar a otros dioses fuera del suyo».

Salmo de hoy

Dn 3, 52a y c. 53a. 54a. 55a. 56a R/. ¡A ti gloria y alabanza por los siglos!

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres.
Bendito tu nombre, santo y glorioso. R/.

Bendito eres en el templo de tu santa gloria. R/.

Bendito eres sobre el trono de tu reino. R/.

Bendito eres tú, que sentado sobre querubines sondeas
los abismos. R/.

Bendito eres en la bóveda del cielo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 8, 31-42

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él:
«Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».

Le replicaron:
«Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: “Seréis libres”?».

Jesús les contestó:
«En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque mi palabra no cala en vosotros. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre».

Ellos replicaron:
«Nuestro padre es Abrahán».

Jesús les dijo:
«Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios; y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre».

Le replicaron:
«Nosotros no somos hijos de prostitución; tenemos un solo padre: Dios».

Jesús les contestó:
«Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y he venido. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió».

Reflexión del Evangelio de hoy

Abrahán, Sara y Agar

Jesús tiene necesidad de defenderse de sus enemigos, los judíos que no creían en él; y, en su defensa, toca dos temas que, después de tantos siglos, siguen siendo claves para nosotros: la libertad y la auténtica filiación. No basta con “descender” de Abrahán para ser libres; no nos es suficiente ser hijos de unos padres creyentes y cumplidores a ultranza de sus deberes religiosos. No basta con heredar, además del apellido, la fe. Llega un momento en la vida en que cada uno tiene necesidad de “personalizar” su vida religiosa y decidir a qué Dios –o dios- quiere servir. De su decisión surgirá una ética que marcará su vida.

Jesús, en su discusión con los judíos, enfoca ambos temas teniendo como telón de fondo la figura indiscutible de Abrahán. Y les dice: “Ya sé que sois descendientes de Abrahán, pero eso no garantiza vuestra libertad”, porque Abrahán tuvo dos hijos, Isaac e Ismael, de Sara y de la esclava, Agar. Sara representa la verdad “que os hará libres”, liberándoos del mal y del pecado; Agar representa la esclavitud, donde no puede haber libertad ni verdad.

¿Cómo ser “hijos de Sara”, rodeados de “hijos de Agar”?

Como Jesús; como vivió y murió él; como nos indicó que viviéramos y muriéramos nosotros. Porque “quien comete pecado es esclavo”. Lo impresionante es que Jesús lanzaba estas palabras a quienes se creían más cumplidores y mejores que todos los demás, sin darse cuenta que, siendo cumplidores, fallaban en lo fundamental.

Seremos auténticos “hijos de Sara” y de Abrahán cuando nuestro seguimiento nos lleve a cumplir lo que nos dice hoy Jesús: ”Si os mantenéis en mi palabra seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”. ¿Dónde quedan, entonces, los ritos, las leyes, las costumbres? No hay que despreciarlo ni supravalorarlo. Todo eso validará la autenticidad de nuestro ser de discípulos. Pero, lo primero es la persona, el ser humano. Para él se hizo el sábado y el resto de las leyes, que son importantes, aunque lo fundamental y definitivo es la persona humana, inhumanamente tratada, a quien, por misericordia –como se nos recuerda tan fuertemente este año con este Jubileo-, podemos y debemos “dar de comer, de beber, vestir, recibir aunque sea extranjero, visitar, liberar, curar y, en su caso, perdonar”. Así nos lo dice Santiago en su Carta Católica: “La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta:

atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo” (1,27).

No siempre hemos pensado y hablado bien de la libertad. Después de lo que dice hoy Jesús, ¿la aprecio o llego a desconfiar de ella?
¿Qué puesto doy, en mi lista particular de obras de misericordia, a la veracidad y a la liberación?

Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue
17
Mar
2016

Evangelio del día

Quinta semana de Cuaresma

“Recurrid al Señor”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 17, 3-9

En aquellos días, Abrán cayó rostro en tierra y Dios le habló así:
«Por mi parte, esta es mi alianza contigo: serás padre de muchedumbre de pueblos.

Ya no te llamarás Abrán, sino Abrahán, porque te hago padre de muchedumbre de pueblos. Te haré fecundo sobremanera: sacaré pueblos de ti, y reyes nacerán de ti.

Mantendré mi alianza contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, como alianza perpetua. Seré tu Dios y el de tus descendientes futuros. Os daré a ti y a tu descendencia futura la tierra en que peregrinas, la tierra de Canaán, como posesión perpetua, y seré su Dios».

El Señor añadió a Abrahán:
«Por tu parte, guarda mi alianza, tú y tus descendientes en sucesivas generaciones».

Salmo de hoy

Salmo 104, 4-5. 6-7. 8-9 R/. El Señor se acuerda de su alianza eternamente

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.
Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 8, 51-59

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:
«En verdad, en verdad os digo: quien guarda mi palabra no verá la muerte para siempre».

Los judíos le dijeron:
«Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: “Quien guarde mi palabra no gustará la muerte para siempre”? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?».

Jesús contestó:
«Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: “Es nuestro Dios”, aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera “No lo conozco” sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría».

Los judíos le dijeron:
«No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?».

Jesús les dijo:
«En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, yo soy».

Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

Reflexión del Evangelio de hoy

Este es mi pacto

En estos versículos del capítulo 17 del Libro del Génesis la Liturgia nos presenta la Alianza que Dios hace con Abraham, ante la cual: «Abrán cayó de bruces» porque escuchó a Dios, reconoció que era su Dios, y, se comprometió a caminar siempre en su presencia, a guardar su Alianza y a hacer todo lo posible para que sus descendientes también la cumplan.

Dios cambió el nombre a Abraham a causa del pacto que hizo con él: «Ya no te llamarás Abran, sino Abraham, porque serás padre de muchedumbre» significando con ello que todo debía cambiar en su vida, porque a partir de ahora, ya no sería padre de «un pueblo innumerable», sino que: «pueblos saldrán de ti, y reyes nacerán de ti.»

A partir de ahora la proyección de vida de Abraham será en vistas a un futuro, un «pacto perpetuo» que Dios hace con él y con su descendencia: «Guardad mi alianza, tú y tus descendientes.»
Abraham cree en la palabra de Dios, contra toda esperanza, aquí está el valor de su fe y de su testimonio. Dios bendijo a Abraham dándole a Isaac, el hijo de la promesa.

No dudó Abraham del cumplimiento de la promesa que Dios le había hecho, sino que su fe se fortaleció dando, con ello, gloria a Dios. Estaba plenamente convencido de que Dios es poderoso para hacer realidad lo que promete; «por lo cual también su fe le fue contada por justicia.» (Rm 4, 20-22).

¿Escucho a Dios cuando me habla?
¿Confío en que Dios me ayudará cuando me pide algo que me cuesta mucho?
¿Hago crecer la Gracia que recibí con el Bautismo?

El que me glorifica es mi Padre

Ya estamos cercanos a la Pascua del Señor y, hoy la liturgia nos presenta a Jesús como revelador del Padre, y, transmisor de su salvación, y, lo transmite con tono confidencial y cercano: «Os aseguro: Quien guarda mi Palabra no sabrá lo que es morir para siempre.»

Jesús nunca nos propone que hagamos lo que no está a nuestro alcance, simplemente nos insinúa que guardemos su Palabra con fe y amor, y, Él nos ayuda a hacerla Vida de nuestra vida y, además, nos regala la Vida eterna junto a Él.

Los judíos creen conocer a Dios, pero no es así porque rechazan a Jesús, que es su único revelador. Él ha venido de Dios y volverá a Dios.

« ¿Por quién te tienes?», le preguntan despectivamente. Creen que Jesús es un pretencioso, que su afirmación sólo se apoya en una supervaloración que tiene de él mismo.

Qué gran contraste entre el deseo de Abraham «que saltaba de gozo pensando ver mi día: lo vio, y se llenó de alegría» y, la increencia de los judíos que pudieron participar del gozo de Abraham, de compartir con él el día del Mesías, el día de la llegada del «Hijo del Hombre.»

Una vez más, los judíos interpretan equivocadamente el mensaje de Jesús, o, no quieren aceptarlo porque, hacerlo, les cambiaría la vida: «no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?» pero, en realidad lo que Jesús dijo es: «Abraham vio mi día.»

Cuando no queremos admitir una verdad (y esto nos ocurre desde Adán y Eva, hasta el día de hoy) los hombres hacemos un pequeño giro al mensaje que nos cuesta admitir, lo desfiguramos, y, lo hacemos increíble, o dejamos en mal lugar a la persona de quien no queremos aceptar el verdadero mensaje.

Cuando lo hombres rechazamos a Jesús y su mensaje, lo hacemos por ignorancia: desconocemos la Bondad y Misericordia de Dios, nuestro Padre.

Podemos reflexionar sobre si dejamos actuar, en nuestra mente y corazón, al Espíritu Santo para conocer, creer, y amar a Dios, nuestro Padre.

Vie
18
Mar
2016

Evangelio del día

Quinta semana de Cuaresma

“El Señor está conmigo ”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 20, 10-13

Oía la acusación de la gente:
«“Pavor-en-torno”,
delatadlo, vamos a delatarlo».

Mis amigos acechaban mi traspié:
«A ver si, engañado, lo sometemos
y podemos vengarnos de él».

Pero el Señor es mi fuerte defensor:
me persiguen, pero tropiezan impotentes.

Acabarán avergonzados de su fracaso,
con sonrojo eterno que no se olvidará.

Señor del universo, que examinas al honrado
y sondeas las entrañas y el corazón,
¡que yo vea tu venganza sobre ellos,
pues te he encomendado mi causa!

Cantad al Señor, alabad al Señor,
que libera la vida del pobre
de las manos de gente perversa.

Salmo de hoy

Salmo 17, 2-3a. 3bc-4. 5-6. 7 R/. En el peligro invoqué al Señor, y él me escuchó

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. R/.

Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos. R/.

Me cercaban olas mortales,
torrentes destructores me aterraban,
me envolvían las redes del abismo,
me alcanzaban los lazos de la muerte. R/.

En el peligro invoqué al Señor,
grité a mi Dios:
desde su templo él escuchó mi voz,
y mi grito llegó a sus oídos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 10, 31-42

En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús.

Él les replicó:
«Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?».

Los judíos le contestaron:
«No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios».

Jesús les replicó:
«¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede fallar la Escritura, a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros: "¡Blasfemas!" Porque he dicho: "Soy Hijo de Dios"? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre».

Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí.

Muchos acudieron a él y decían:
«Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de este era verdad».

Y muchos creyeron en él allí.

Reflexión del Evangelio de hoy

"El Señor está conmigo"

Curiosa la postura de Jeremías ante sus enemigos exteriores. Se muestra muy fuerte porque confía que su suerte está en manos de Dios y no de sus acusadores. También sabemos de sus crisis interiores, de sus "peleas" con Dios por haberle elegido para ser su profeta y hablar al pueblo en su nombre. Pero cuando se trata de responder a los que acechan su perdición, Jeremías confía plenamente en Dios. "El Señor está conmigo, como fuerte soldado; mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo". He aquí el secreto de su fortaleza: Su total confianza en Dios.

No tenemos que hacer ningún esfuerzo para trasladar la situación de Jeremías a la de Jesús en los últimos metros de su vida. Jesús se fue creando "enemigos" con su predicación, con su buena noticia, que no gustó nada a algunos, principalmente a las autoridades religiosas de entonces, que fueron las que tramaron acechanzas de muerte contra él hasta conseguirlo. Pero Jesús, en medio de su "calvario" y de las injusticias sufridas, confió plenamente en Dios su Padre, le encomendó su vida: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu"… y así salió victorioso. Su Padre Dios le volvió a la vida, le resucitó al tercer día. Y su persona, su mensaje, su evangelio, su modo de vivir, de morir y de resucitar salieron victoriosos.

"El Padre está en mí y yo en el Padre"

Jesús, en su predicación, a la hora de proclamar y extender su buena noticia, con sus palabras y gestos especiales, fue, poco a poco, dejando claro quién era. Sus oyentes fueron cayendo en la cuenta de que sus palabras rebasaban el ámbito humano, eran especiales, sonaban distintas, eran divinas. Sus obras iban en esta misma dirección. "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre". Para los ortodoxos judíos el que Jesús proclamase su unidad con Dios Padre les resultaba una auténtica blasfemia. Tratan de apedrearle y no cesarán hasta matarle, paradójicamente en nombre de Dios, de un Dios que ellos se habían construido. No aceptaban que Jesús se proclamase Hijo de Dios y que venía de su parte a divulgar y extender su buena noticia de la filiación y fraternidad universal, la mejor manera de disfrutar de "vida y vida en abundancia".

Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

El día **19 de marzo de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de Homilías.

El día **20 de marzo de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de Homilías.